

Debacle de la razón libertaria

La idealización del no en boca de un pueblo irreconocible

La aventura intelectual de García Calvo ha significado, en el último tercio de nuestro siglo, una de las extrañas intervenciones de pensamiento riguroso a partir de la disidencia. Desde el ya clásico *Laia* hasta el cercano *Contra el tiempo*, sus correrías, adobadas siempre con vigor y provocación, jalonan de relámpagos llamativos la pereza crítica de la producción teórica en la España finisecular. Valga esta opinión para introducir la consideración que provoca su reciente *¿Quién dice NO?*

Su pretensión libertaria resulta aquí radicalmente liquidada. Lo siento. Y es que García Calvo insiste una y otra vez en la fundamentalidad del No —del decir *no* a los disciplinajes, a la permeabilización de la mentira del Estado, del Capital, de la Banca, de la Familia—. Nada que oponer a tal pretensión política e incluso moral. Pero el asunto es radicar tal fundamentalidad, que comparta convicciones tan firmes como la que sostiene que la libertad es decir *no*, que lo único bueno es negativo y que, en consecuencia, la seducción de cualquier alternativa es de orden nefasto.

Bien es cierto que tal podría defenderse. Decir *no*. Asombroso, regenerador: García Calvo consolida su discurso a favor de la emisión del No en la consideración de que el niño teje naturalmente sus primeras mimbres en el rechazo de la urbanidad socio-familiar y, aún más, de que lo propio del expresarse es la manifestación de una resistencia a lo que es. Y tal seguridad habrá de exigirle sostener que la música, cuyo orden no niega, no es lenguaje.

Tal propuesta viene a ser simpática en el horizonte del pensamiento único. Entonces, ¿por qué no emerge la potencia del decir *no*? Las conferencias que componen este breve volumen, enriquecido con una cuarta intervención de I. Escudero, bordean cumplidamente el asunto. La tela de araña teji-



Foto José Aymá...

POCOS TEXTOS HABLAN CON SEMEJANTE INOCENCIA O IRRESPONSABILIDAD INTELLECTUAL DEL ESTADO, LA BANCA O LA FAMILIA

da por el Estado, la Banca, y la Familia —etcétera— han producido el pegamento de la gran mentira, esto es, la ilusión de que podemos ser a condición de que renunciemos a decir *no*. En verdad, ya se encuentran muy pocos textos en que se hable con semejante inocencia o irresponsabilidad intelectual del Estado, la Banca o la Familia: artefactos, según García Calvo, que operan como empleados de correos que reparten imposiciones y convocatorias, entintando las aguas en que nos movemos los amenazados por el pulpo productivo que es el Estado, la Banca, la Familia y Dios.

¿Qué hacer? Poca cosa. Los asistentes a las conferencias de García Calvo manifestaron la inquietud que ahora hago explícita. Bueno, hay fisuras, rendijas, que la funcionalidad

del Estado, y etcétera, no controla. Por fin un aliento de posible soberanía. Mas veamos de qué va. Tales rendijas no son dibujadas por los intelectuales, excepto por los filósofos como García Calvo, que dicen la verdad, ni por quienes aceptan la urdimbre de la solidaridad; ni, claro está, de alternativas más globales.

¿Quién entonces dice *no* además del niño? Las rendijas, los sumideros, la esperanza, son trabajados por ese enigmático Pueblo, refrito de lo que aún hay de común en las entretelas del alma y que, a pesar de los esfuerzos del Estado y de la Banca, permanece vivo, si bien en estado de hibernación. Así que Pueblo contra el Estado, pero un pueblo de muy dudosa consistencia y un Estado de tan difusas fronteras que lo único que parece quedarnos claro de su fisonomía es que disfruta con la producción de amargura.

Me ha resultado una decepción notable la lectura de *¿Quién dice NO?* Desafortunado tributo a los esfuerzos de Winstanley, Meslier, del Marx más meritorio o del Proudhon menos despistado: es preciso restaurar el signo de la razón libertaria, y éste no es el camino. Lo siento.

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ